

cuanto comenzaba á moverse la caballería enemiga. Al fin los celtíberos salieron de sus parapetos con todas sus fuerzas de caballería é infantería y se formaron en batalla á igual distancia de los dos campamentos. El espacio que los separaba era una llanura despejada, á propósito para batallas. Los españoles se detuvieron esperando á sus enemigos, pero los romanos se mantuvieron durante cuatro días seguidos encerrados en su campamento, y á pesar de la constancia de los españoles, que permanecieron formados en batalla en el mismo sitio, no hicieron ningún movimiento. Al fin volvieron á sus parapetos los celtíberos, porque no habían podido hacer aceptar la batalla á los romanos; manobrando solamente su caballería delante de las empalizadas, para estar pronta ante cualquier movimiento del enemigo. Los soldados de ambos ejércitos salían por detrás de los campamentos para recoger leña y forraje, sin cuidarse unos de otros.

Creyendo el pretor romano que su larga inacción habría convencido á los celtíberos de que no sería el primero en atacarles, mandó á L. Acilio que, al frente del ala izquierda y de seis mil auxiliares que había suministrado la provincia, rodease la colina en que se apoyaba el enemigo y que cayese sobre su campamento en cuanto oyese el grito de guerra. Estas fuerzas partieron de noche con objeto de ocultar su marcha. Al amanecer mandó Flaco al prefecto de los aliados C. Scribonio que avanzase hacia los parapetos enemigos con la caballería extraordinaria del ala izquierda. Al ver los celtíberos aquellas fuerzas, más numerosas y atrevidas de lo que ordinariamente se mostraban los romanos, enviaron á su encuentro toda su caballería, mandando al mismo tiempo que se pusiese en movimiento su infantería. Piel á sus instrucciones Scribonio, en cuanto oyó el ruido de los caballos, volvió grupas y se replegó

al campamento; persiguiéndole los españoles con mucho ahinco. Habíase adelantado su caballería y la infantería avanzaba detrás, no dudando que aquel mismo día se apoderaban del campamento del pretor. Apenas distaban quinientos pasos de las empalizadas romanas, cuando considerando Flaco que estaban bastante lejos de los suyos para poder socorrerles, formó sus huestes en batalla detrás de los parapetos, y salió por tres puntos á la vez, haciendo gritar enérgicamente á los soldados, no tanto para excitar su ardor, como para dar la señal á los romanos emboscados en la montaña. No se hicieron esperar éstos, sino que cayeron, según se les había mandado, sobre el campamento enemigo, en el que solamente habían quedado para defenderle cinco mil hombres á lo sumo. Asustados los españoles por su corto número, ante la multitud de los que atacaban y de la repentina acometida, entregaron el campamento casi sin combate; mandando Acilio incendiar aquella parte que era más visible desde el campo de batalla.

Los celtíberos que se encontraban detrás en la batalla fueron los primeros que vieron la llama. En seguida corrió por todo el ejército la noticia de que habían perdido el campamento y que ardía en aquel instante. Esta noticia aumentó el espanto del enemigo y el ardor de los romanos, que oían ya los gritos de sus compañeros victoriosos y veían los resplandores del incendio. Los celtíberos tuvieron un momento de vacilación é incertidumbre; pero cuando vieron que no tenían retirada si retrocedían, y que su único recurso era combatir, volvieron al ataque con mayor encarnizamiento. Estrechábase fuertemente en el centro la quinta legión, por lo que atacaron con más confianza el ala izquierda de los romanos, donde había colocado Flaco los auxiliares de la provincia, compatriotas de los celtíberos. Ya iba á retroceder esta ala, cuando ocupó su puesto la legión

séptima, y al mismo tiempo salieron las fuerzas que formaban la guarnición de Ebura, lanzándose á lo más recio de la pelea. Por su parte Acilio había atacado á los españoles por la espalda. Los celtíberos resistieron mucho tiempo y se dejaron exterminar sobre el terreno, huyendo en todas direcciones los que escaparon. La caballería, dividida en dos cuerpos, se puso en su persecución é hizo considerable matanza, resultando en aquella batalla cerca de veintitrés mil hombres muertos y cuatro mil setecientos prisioneros, cayendo en poder de los romanos más de quinientos caballos y ochenta y ocho enseñas militares. Cara se pagó aquella importante victoria: el pretor perdió más de doscientos soldados de las dos legiones, ochocientos treinta aliados del nombre latino y cerca de dos mil cuatrocientos auxiliares extranjeros. Ganada la batalla, regresó al campamento con sus tropas victoriosas. Acilio recibió orden para permanecer en el que había conquistado, y al día siguiente recogieron los despojos de las víctimas, distribuyendo el general delante de todo el ejército las recompensas que habían merecido los que se distinguieron por su valor.

Después de trasladar sus heridos á Ebura, atravesó la Carpetania y marchó contra Contrebia, poniéndola sitio. Esta ciudad imploró el socorro de los celtíberos, pero no los recibió á tiempo, no porque los celtíberos tardasen en ponerse en marcha, sino porque encontraron caminos impracticables y crecidos los ríos por continuas lluvias; y perdiendo la esperanza, capituló. El mal tiempo obligó también á Flaco á que alojase sus tropas en la ciudad. En cuanto cesaron las lluvias, los celtíberos, que habían dejado sus hogares, cruzaron los ríos y llegaron á la vista de Contrebia, cuya rendición ignoraban. No viendo ejército acampado delante de las murallas, creyeron que los romanos se habían situado

al lado opuesto, ó habían levantado el sitio, y se acercaron desordenadamente y sin precaución. Aprovecharon los romanos aquella negligencia, salieron bruscamente por dos puertas, los atacaron y derrotaron; pero la misma confusión que impedía á los celtíberos defenderse y trabar el combate, fué también lo que más facilitó su fuga. Encontrándose diseminados, pudieron extenderse por todas partes en la llanura, no encontrándoles los romanos en ningún lado formados en masa compacta. Sin embargo, mataron hasta doce mil, hicieron más de cinco mil prisioneros y se apoderaron de cuatrocientos caballos y de sesenta y dos enseñas militares. Los que se diseminaron para huir, y que, al llegar á sus hogares encontraron otro ejército de celtíberos en marcha hacia Contrebia, le enteraron de la rendición de aquella ciudad y también de su propia derrota, haciéndole retroceder, dispersándose todos en los caseríos y puntos fortificados. Flaco salió de Contrebia y marchó con sus legiones á talar la Celtiberia, apoderándose de muchos castillos, y al fin obligó á la mayor parte de los celtíberos á que se sometiesen.

Tales fueron las cosas ocurridas este año en la España citerior. En la ulterior, el pretor Manlio consiguió muchas ventajas sobre los lusitanos. En aquel mismo año se estableció una colonia latina en Aquilea, en territorio de los galos. Los tres mil peones que la componían recibieron á razón de cincuenta yugadas, los centuriones ciento y los caballeros ciento cuarenta. Fueron triunviros encargados de su establecimiento P. Cornelio Escipión Nasica, C. Flaminio y L. Manlio Acidino. También tuvo lugar en este año la dedicación de dos templos, el de Venus Ericina, cerca de la puerta Colina, haciendo la dedicación el decenviro L. Porcio Licino, hijo de Licino, habiendo votado el templo el cónsul L. Porcio en la guerra de Liguria; y el otro á la Piedad en

el Foro olitorio (mercado de legumbres); haciendo la dedicación el decenviro M. Acilio Glabrió, quien al mismo tiempo erigió á su padre Glabrió la primera estatua dorada que se vió en Italia. Era este el mismo Glabrió que votó el templo el día en que venció á Antioco en las Termópilas, habiendo hecho comenzar la construcción en virtud de un senatus-consulta. Por la misma época el procónsul Paulo Emilio triunfó de los ligurios ingaunos, haciendo llevar delante de él veinticinco coronas de oro, únicos objetos tomados que aparecieron en el triunfo. Multitud de prisioneros distinguidos precedían la carroza del triunfador. Realzó la brillantez de aquel triunfo la presencia de una legación de ligurios que venía á pedir paz perpetua, declarando que los ligurios habían decidido no volver á empuñar las armas sino por mandato del pueblo romano. El pretor Q. Fabio contestó á nombre del Senado «que no era nuevo aquel lenguaje en boca de los ligurios, pero que les interesaba más que á nadie poner sus acciones en armonía con sus palabras; que no tenían otra cosa que hacer sino presentarse á los cónsules y ejecutar lo que les mandasen; que el Senado atendería á sus magistrados y no á otros acerca de la sinceridad de las disposiciones pacíficas de los ligurios.» Consiguióse, pues, la paz con la Liguria. En Córcega tuvieron que combatir con los habitantes de la isla, matando el pretor M. Pinarario cerca de dos mil en una batalla. Esta derrota les obligó á entregar rehenes y cien mil libras de cera. El ejército pasó de Córcega á Cerdeña y derrotó en varios encuentros á las gentes ilienas, cuya sumisión no está completamente terminada hoy. En este año se devolvieron á los cartagineses cien rehenes, y Roma les aseguró la paz, no solamente en nombre suyo, sino que también con Massinissa, que se había apoderado por armas de la provincia controvertida.

Nada tuvieron que hacer los cónsules en su provincia. M. Bebio, llamado á Roma para presidir los comicios, proclamó cónsules á A. Postumio Albino Lusco y C. Calpurnio Pisón. En seguida crearon pretores á Ti. Sempronio Graco, L. Postumio Albino, P. Cornelio Mammula. Ti. Minucio Molículo, A. Hostilio Mancino y C. Menio. Estos magistrados entraron en funciones en los idus de Marzo. Al comenzar este año, señalado por el consulado de A. Postumio Albino y C. Calpurnio Pisón, el cónsul A. Postumio presentó al Senado los emisarios que Q. Fulvio Flaco había enviado de la España citerior; eran éstos su legado L. Minucio y dos tribunos militares, T. Menio y L. Terencio Masiliota, quienes, después de dar cuenta de las dos victorias que había conseguido el pretor, de la sumisión de la Celtiberia y pacificación de la provincia; después de anunciar que aquel año no necesitaban ni el sueldo destinado ordinariamente á las tropas, ni los víveres que habían enviado, pidieron primeramente al Senado que se tributasen acciones de gracias á los dioses por aquellas victorias, y en segundo lugar que se autorizase á L. Fulvio para traer consigo, al dejar su provincia, aquel valeroso ejército que había servido con tanta gloria á sus órdenes y bajo las de muchos antecesores suyos. «Esta medida, añadieron, que en el fondo no era más que un acto de justicia, había llegado á ser casi una necesidad; porque los soldados estaban decididos y parecía imposible detenerles más tiempo en la provincia. Si se les negaba la licencia, marcharían sin ella, y si se trataba de detenerles por la fuerza, podrían entregarse á peligrosa sublevación.»

El Senado designó la Liguria por provincia á los dos cónsules; sorteando en seguida las suyas los pretores. A. Hostilio obtuvo la jurisdicción urbana, Ti. Minucio la de los extranjeros, C. Cornelio la Sicilia, y C. Munio

la Cerdeña. Comprendiéronse las Españas en el sorteo; L. Postumio obtuvo la ulterior y Ti. Sempronio la citerior. Este último debía suceder á Q. Fulvio Flaco y temía que su provincia quedase privada de su antiguo ejército. Dirigióse, pues, á L. Minucio, diciendo: «Puesto que anuncias la pacificación de la provincia, ¿crees que los celtiberos permanecerán fielmente sometidos y que no se necesitarán tropas para contenerles? Si no te atreves á garantizar la fidelidad de los bárbaros, si no puedes asegurarnos nada relativamente á ellos, y por consiguiente consideras necesario mantener un ejército en la provincia, ¿aconsejarías al Senado que enviase refuerzos á España para poder licenciar los soldados cumplidos y mezclar los bisoños con los veteranos; ó bien llamar á las legiones antiguas, alistar nuevas y enviarlas, cuando es cosa cierta que el desprecio que inspiran los bisoños es capaz de sublevar á los bárbaros menos indomables? Si mis informes son exactos, solamente algunas ciudades, en especial las amenazadas por nuestros cuarteles de invierno, son las que se han sometido; las más lejanas continúan en armas. Siendo así, Padres conscriptos, declaro que emplearé para defender mi provincia el ejército que se encuentra en ella actualmente. Si Flaco trae sus legiones, buscaré un territorio amigo para invernar, y no expondré soldados nuevos contra enemigos aguerridos.»

El legado contestó á aquellas preguntas, diciendo que «ni él ni nadie podía adivinar las disposiciones presentes ó venideras de los celtiberos; por cuya razón no podía menos de reconocer la prudencia de enviar un ejército á una comarca que si estaba pacificada, no tenía aún costumbre de obedecer. En cuanto á decir si se necesitaba un ejército de veteranos ó de bisoños, era necesario para ello saber hasta qué punto podía contarse con las disposiciones pacíficas de los celtiberos y po-

der responder de la docilidad de los soldados, si se les retenía más tiempo en la provincia. Juzgando de sus propósitos por las conversaciones que tenían unos con otros, ó por los gritos con que se recibían las arengas del general, podía temerse, como francamente había declarado, ó que retendrían con ellos al pretor en la provincia, ó que regresarían con él á Italia.» Una proposición de los cónsules pidiendo al Senado arreglase los asuntos de las provincias, antes de ocuparse de los ejércitos del pretor, cortó la discusión entre Sempronio y el legado de Fulvio; decretándose para ellos la formación de un ejército completamente nuevo, compuesto de dos legiones romanas con su caballería y del contingente ordinario de quince mil infantes y ochocientos caballos suministrados por los aliados del nombre latino, y se les ordenó marchar con aquel ejército contra los ligurios apuanos. Prorrogóse el mando á P. Cornelio y M. Bebio, con orden de permanecer en sus provincias hasta la llegada de los cónsules, época en que debían licenciar sus tropas y regresar á Roma. Ocupáronse en seguida del ejército de Ti. Sempronio; encargando á los cónsules alistasen para él una legión nueva, compuesta de cinco mil doscientos infantes y cuatrocientos caballos, de añadir mil infantes y cincuenta caballos tomados entre los ciudadanos romanos y de exigir á los aliados latinos siete mil hombres de infantería y trescientos caballos. Este fué el ejército que dieron á Ti. Sempronio para que marchase á hacerse cargo de la España citerior. A Q. Fulvio se permitió solamente traer con él, si lo consideraba necesario, todos los soldados romanos ó aliados, enviados á España antes del consulado de Sp. Postumio y Q. Marcio; pudiendo unirles, cuando llegasen los refuerzos, todos los que excediesen en las dos legiones romanas del número de diez mil cuatrocientos hombres de infantería y seiscientos caballos; y en el contingente

de los aliados, de doce mil infantes y seiscientos caballos. Esta era la recompensa del valor que mostraron en los dos combates librados por Fulvio á los celtíberos. Decretáronse también acciones de gracias por aquellos triunfos. Los otros pretores recibieron orden de partir para su destino. Prorrogóse á Q. Fabio Buteo el mando de la Galia, y se dispuso que aquel año hubiese ocho legiones además del ejército veterano que servía en Liguria esperando su próximo licenciamiento; pero costó mucho trabajo reemplazarle, á causa de la epidemia que tres años ya estaba haciendo estragos en Roma y en Italia.

Aquella enfermedad arrebató al pretor Ti. Minucio, y poco después al cónsul C. Calpurnio, así como también á considerable número de varones ilustres de todos los órdenes. Por esta razón se decidieron á considerarla como prodigio, y encargaron al pontífice máximo C. Servilio que buscase las expiaciones más á propósito para aplacar la cólera de los dioses, á los decenviros que consultasen los libros sibilinos y al cónsul que ofreciese dones y erigiese estatuas doradas á Apolo, Esculapio y la diosa Salud; órdenes que se apresuró á ejecutar. Los decenviros dispusieron, para detener los progresos de la enfermedad, dos días de rogativas en la ciudad, en los foros y en los templos. Todos los ciudadanos mayores de doce años asistieron á aquellas rogativas con coronas en la cabeza y ramas de laurel en la mano. Sospechóse también que los malhechores no eran extraños á aquella calamidad, abriéndose una información en virtud de un senatus-consulta para averiguar si había habido algunos envenenamientos. Encargóse esta información dentro de Roma y en diez millas alrededor al pretor C. Claudio, que había reemplado á Ti. Minucio; más allá de este límite, en los pueblos y caseríos, á C. Menio, que no había partido aún para su

provincia de Cerdeña. Lo que parecía más sospechoso era el fallecimiento del cónsul; diciéndose que había sucumbido á manos de su esposa Quarta Hostilia; adquiriendo mayor gravedad las sospechas cuando se vió á su hijo Q. Fulvio Flaco nombrado cónsul en el puesto de su suegro Pisón. Algunos testigos aseguraron que después de la elección de los cónsules Albino y Pisón, en los mismos comicios en que acababa de fracasar Flaco su madre le había afeado que tres veces ya hubiese sido rechazada su candidatura, añadiendo que estuviese preparado para presentarla, porque antes de dos meses ella aseguraría su elección. Reuniáanse contra Hostilia otros muchos testimonios; pero decidieron muy especialmente su condenación aquellas palabras que desgraciadamente confirmaron los acontecimientos. En los primeros días de la primavera, mientras los nuevos cónsules se ocupaban en Roma de los alistamientos, y que la muerte de uno de ellos y la necesidad de reemplazarle dilataron las operaciones, C. Cornelio y M. Bebio, que no pudieron señalar su consulado con ninguna hazaña, llevaron el ejército contra los ligurios apuanos.

No esperaban los ligurios ningún ataque antes de la llegada de los cónsules; y desconcertados por aquella imprevista agresión, se rindieron doce mil hombres de los suyos. Cornelio y Bebio, después de consultar por cartas el parecer del Senado, se dedicaron á trasladarlos de sus montañas á país llano, lejos de sus hogares, para quitarles toda esperanza de regreso. En su opinión, este era el único medio de poner término á la guerra de Liguria. La república poseía en el Samnio un territorio que había pertenecido á los taurasinos, y decidieron llevar allí á los apuanos; por lo que mandaron á aquellos pueblos «que bajasen de sus montañas con sus mujeres é hijos y que llevasen consigo todo lo que les per-

tenecía.» Muchas veces enviaron mensajeros los ligurios para que rogasen á los consules que no les separasen de sus penates, de los parajes donde habían nacido, de los sepulcros de sus mayores; ofrecieron entregar las armas y rehenes, pero no pudieron conseguir nada, y como no se encontraban con fuerzas para comenzar de nuevo la guerra, tuvieron que obedecer. La traslación se verificó á expensas de la república, siendo los trasladados más de cuarenta mil de condición libre, contando las mujeres y los niños. Dióseles ciento cincuenta mil monedas de plata para que atendiesen á los gastos de su nuevo establecimiento; y Cornelio y Bebio, que condujeron aquella emigración, presidieron también á la distribución de terrenos; pero, á petición suya, el Senado les dió como consejo quinqueviros. Terminada esta operación llevaron su ejército á Roma, donde el Senado les otorgó el triunfo; siendo los primeros generales que consiguieron aquel honor sin haber combatido. A su carro solamente precedieron algunos liguriós, no teniendo ni despojos que ostentar, ni prisioneros que llevar delante de ellos, ni dinero que distribuir á los soldados.

En aquel mismo año el procónsul de España Fulvio Flaco (1), viendo que su sucesor tardaba en llegar para hacerse cargo de la provincia, salió de la invernada y llevó la devastación hasta los últimos confines de la Celtiberia, á los terrenos cuyos habitantes no se habían sometido aún. Estas hostilidades irritaron á los bárbaros en vez de espantarles; reunieron secretamente sus fuerzas y se trasladaron al desfiladero de Manlio, por donde sabían que habían de pasar los romanos. Graco había encargado á su legado L. Postumio Albino, que

(1) En realidad era propretor; pero cuando se prorrogaba el mando á los pretores para el año siguiente, se les daba el título de procónsules.

marchaba á la España ulterior, que invitase en su nombre á Q. Fulvio para que llevase su ejército hasta Tarragona, diciendo «que se proponía licenciar allí á sus veteranos, incorporar los bisoños y reorganizar el ejército.» Prevínose al mismo tiempo á Flaco del día de la llegada de su sucesor, estando muy cercano ya aquel día. Estas noticias le obligaron á renunciar á su expedición y á salir apresuradamente con su ejército de la Celtiberia. Ignorando los bárbaros el motivo de su retirada, creyeron que se había enterado de su defección y armamento secreto y que estaba asustado, por cuya razón se establecieron con mayor confianza en su emboscada. Al amanecer, en cuanto el procónsul penetró en el desfiladero, aparecieron de pronto por ambos lados y cayeron sobre el ejército romano. En cuanto lo observó Flaco mandó por medio de los centuriones que suspendiesen la marcha los soldados, que conservasen las filas y preparasen las armas, poniendo término así al primer momento de confusión; en seguida reuniendo en el centro los bagajes y las bestias de carga, formó sus tropas en batalla por sí mismo, ó por el intermedio de sus legados y de los tribunos militares, mostrando admirable serenidad, y tomando todas las disposiciones que permitían las circunstancias y la naturaleza del terreno. Recordóles «que iban á medirse con enemigos obligados dos veces por ellos á someterse, y que, por haber puesto el colmo á su maldad y perfidia, no tenían más valor ni más resolución. En vez de volver sin gloria á su patria, añadió, deberían á aquellos bárbaros glorioso é ilustre regreso, y llevarían á Roma, para ostentarlas en su triunfo, sus espadas humeantes aún con la sangre de los rebeldes y sus ensangrentados despojos.» No tuvo tiempo para decir más: el enemigo comenzaba á atacar, y el combate que se había trabado en los dos extremos, generalizóse en seguida.

Peleábase en todos los puntos con igual encarnizamiento, pero el éxito quedó equilibrado. Las legiones desplegaron admirable valor, secundándolas animosamente las dos alas; pero los auxiliares españoles, fuertemente apretados por sus compatriotas más aguerridos, no pudieron defender su posición. Viéndose los celtíberos demasiado débiles para hacer frente á las legiones combatiendo de frente y en la misma línea, atacaron en cuña. Ordinariamente tienen tanta ventaja en esta clase de ataque, que es imposible sostener su choque, cualquiera que sea el punto del ejército enemigo que reciba el empuje. Fueron por consiguiente quebrantadas las legiones romanas y casi desordenadas sus filas. Al ver aquel desorden, corrió Flaco á toda brida hacia la caballería legionaria, diciendo: «¿Puedo confiar en vosotros? Sin vosotros perece este ejército.» Todos gritaron á la vez que diese órdenes y prontamente le obedecerían. «Doblad las filas, jinetes de las dos legiones, y lanzad vuestros caballos sobre ese triángulo amenazador que hace retroceder á los nuestros. Para que el ataque sea más irresistible, quitad el freno á los caballos; dícese que el éxito de esta operación ha honrado muchas veces á la caballería romana.» Ejecutóse en el acto esta orden; los jinetes quitaron los frenos á los caballos y se precipitaron sobre el enemigo; en seguida, volviendo atrás, atravesaron dos veces las filas, rompieron todas las lanzas é hicieron horrible matanza. Cuando vieron los celtíberos destruído su triángulo, perdieron la esperanza, se desordenaron y renunciando ó poco menos al combate, miraron en derredor buscando por dónde huir. La caballería de las alas, por su parte, inflamada de noble emulación en vista del brillante ataque de la romana, cayó sin esperar órdenes sobre los desordenados enemigos. La derrota se hizo general entonces, y el procónsul, mirando

regocijado á los celtíberos que huían, votó un templo á la Fortuna Ecuestre (1), y juegos á Júpiter Óptimo Máximo. Diseminados los vencidos en toda la longitud del desfiladero, fueron muertos sin resistencia. Dícese que perecieron diez y siete mil en aquella batalla: hicieron-se más de cuatro mil prisioneros y se apoderaron de doscientas setenta y siete enseñas y de cerca de mil cien caballos. El ejército del procónsul no acampó aquel día: había pagado cara la victoria, dejando sobre el terreno cuatrocientos setenta y dos soldados romanos, mil diez y nueve aliados del nombre latino y tres mil auxiliares. Después de renovar sus antiguas glorias, volvió triunfante á Tarragona. El pretor Ti. Sempronio, que había llegado dos días antes, salió al encuentro de Fulvio y le felicitó por su victoria. Los dos magistrados dispusieron con perfecto acuerdo qué soldados querían licenciar ó retener: y en seguida Fulvio, habiendo embarcado los licenciados, partió para Roma, Sempronio llevando sus legiones á la Celtiberia.

Los dos cónsules entraron en Liguria por diferentes lados. Postumio, al frente de las legiones primera y tercera, se apoderó de los montes Balista y Suismoneio, cuyos desfiladeros cerró con cuerpos de tropas, interceptó de esta manera todos los convoyes, y redujo á los ligurios por medio de todo género de privaciones. Fulvio partió para Pisa con las legiones segunda y cuarta, atacó á los apuanos, recibió la sumisión de aquellos ligurios que habitaban en las orillas del Macra y mandó embarcarlos en número de siete mil y trasladarlos á Nápoles, siguiendo las costas del mar Tirreno. Desde allí les llevaron al Samnio y les distribuyeron tierras en medio de sus compatriotas. En cuanto á los ligurios de las montañas, A. Postumio mandó talar sus viñedos

(1) Porque el ejército debía su salvación á la caballería.

y quemar sus cosechas hasta que todos aquellos desastres les obligaron á rendirse y entregar las armas. Postumio se embarcó en seguida para visitar la costa de los ingaunos y de los intemelianos. Antes de que estos cónsules se incorporasen al ejército reunido en Pisa, encontrábase bajo las órdenes de A. Postumio y de M. Fulvio Nobilior, hermano de Q. Fulvio. Nobilior era tribuno militar de la segunda legión, y durante aquellos dos meses de mando licenció la legión, después de hacer jurar á los centuriones que restituirían su sueldo al Tesoro por medio de los cuestores. Habiendo recibido Aulo esta noticia en Placencia, adonde le había llevado la casualidad, acudió con un grupo de caballería ligera sobre las huellas de los licenciados, castigó á cuantos pudo alcanzar y los llevó de nuevo á Pisa. En cuanto á los demás, limitóse á notificar al cónsul lo sucedido. A propuesta de este magistrado, un senatus-consulto relegó á M. Fulvio á España, más allá de Cartagena, encargándole el cónsul una carta para Manlio, que mandaba en la ulterior. Los soldados recibieron orden para incorporarse á sus enseñas, y para castigarles se decretó que solamente cobrarían aquel año seis meses de sueldo. El cónsul quedó autorizado para vender todos los refractarios y confiscar sus bienes.

Aquel mismo año, L. Duronio, uno de los pretores del anterior, que había regresado de Iliria á Brindis con diez naves, dejó su flota en aquel puerto y regresó á Roma. En el relato que hizo de su conducta, acusó terminantemente á Gencio, rey de Iliria, de todas las depredaciones realizadas. «De su reino, dijo, habían partido las naves que habían talado las costas del mar superior. Háiale enviado una legación para quejarse, y aquel rey se negó á recibirla.» Por otra parte habían llegado á Roma legados de Gencio para declarar «que en el momento en que los romanos habían llega-

do á su corte, pidiendo audiencia, su señor se encontraba enfermo en los confines de su reino, y rogaba al Senado no diese crédito á las falsas acusaciones de sus enemigos.» Replicó Duronio que muchos ciudadanos romanos y aliados del nombre latino habían sido maltratados en Iliria, y que se decía estaban retenidos como prisioneros en Corcira algunos ciudadanos romanos. Decidióse que todos serían devueltos á Roma, que el pretor C. Claudio tomaría informes y que se esperarían los resultados para contestar al rey Gencio y á sus legados. Entre los que aquel año arrebató la epidemia, deben contarse muchos individuos del colegio de sacerdotes, entre ellos al pontífice L. Valerio Flaco, á quien reemplazó Q. Fabio Labeón y el triunviro epulón P. Manlio, recién llegado de la España ulterior, dándole por sucesor á Q. Fulvio, hijo de Marco, que todavía llevaba la pretexto. El reemplazo de Cn. Cornelio Dolabela, rey de los sacrificios, dió ocasión á debates entre el pontífice máximo C. Servilio y el decenviro naval L. Cornelio Dolabela. Exigía el pontífice, antes de investirlo que renunciase su magistratura, y como el decenviro se negaba á ello, Servilio le castigó con una multa; apeló éste al pueblo y comenzaron de nuevo los debates. Habían entrado ya en el recinto la mayor parte de los tribunos, y habían declarado que el duumviro se sometería á las órdenes del pontífice, levantándose la multa, si renunciaba á su magistratura, cuando interrumpió un trueno la sesión. Escrúpulos religiosos impidieron entonces al pontífice investir á Dolabela y lo sustituyeron con P. Clelio Sículo. A fines del año murió también el pontífice máximo C. Servilio Gemino, que era al mismo tiempo decenviro de los sacrificios. El colegio de sacerdotes concedió, por vía de cooptación, la dignidad de pontífice á Q. Fulvio Flaco, y la de pontífice máximo á M. Emilio Lépido, que triunfó de



muchos competidores ilustres. Q. Marcio Filipo fué nombrado decenviro de los sacrificios. El augur Sp. Postumio Albino, que también murió, en virtud de elección de sus colegas, fué remplazado por P. Escipión, hijo del Africano. Los habitantes de Cumas pidieron aquel año y obtuvieron permiso para emplear el lenguaje latino en sus actos públicos y en las ventas en subasta.

Los pisanos ofrecieron tierras para establecer una colonia latina y el Senado les dió las gracias. Para este efecto se nombraron triunviros á Q. Fabio Buteo y Marco y Publio Popilio Lenas. Recibióse una carta del pretor C. Menio, que, además de su gobierno de Cerdeña, había sido encargado de informar contra los envenenadores más allá del radio de diez millas alrededor de Roma. Decía el pretor que había condenado ya á tres mil personas y que, por revelaciones, estaba sobre la huella de mayor número de culpables, por lo que se veía en la necesidad de suspender la investigación ó de renunciar á su provincia. Q. Fulvio Flaco regresó de España á Roma cubierto de gloria; y aunque permaneció fuera de la ciudad esperando el día de su triunfo, no por esto dejó de ser nombrado cónsul con L. Manlio Acidino. Poco después realizó su entrada triunfal en Roma con los soldados que había traído. Llevaron delante de él ciento veinticuatro coronas de oro, treinta y una libras del mismo metal y ciento setenta y tres mil doscientas piezas de moneda osca. Tomó del botín y distribuyó á los soldados cincuenta dineros á cada uno, doble á los centuriones y triple á los caballeros: igual gratificación recibieron los aliados del nombre latino y todo el ejército doble estipendio.

El tribuno del pueblo L. Vilio hizo adoptar aquel año por primera vez la ley que marcaba la edad en que podía aspirarse á las diferentes magistraturas y tomar po-

sesión de ellas. Por esto se dió á los individuos de su familia el nombre de Annales. En contra de lo observado por espacio de muchos años, solamente se nombraron cuatro pretores en virtud de la ley Bebia, que decidía para lo sucesivo que este número alternase con el de seis. Los pretores nombrados fueron Cn. Cornelio Escipión, C. Valerio Levino, y Quinto y Mucio Scévola, hijos de Quinto. Los cónsules Q. Fulvio y L. Manlio tuvieron la misma provincia que sus antecesores é igual número de tropas de infantería y caballería romanas y aliadas. Conservóse al frente de los ejércitos que mandaban en las dos Españas á Ti. Sempronio y L. Postumio. Los cónsules recibieron orden de alistar un suplemento de cerca de tres mil infantes y trescientos caballeros romanos y cinco mil hombres de infantería latina y cuatrocientos caballos. La suerte designó á P. Mucio Scévola para la jurisdicción urbana, con encargo de continuar la investigación acerca de los envenenamientos en Roma y en diez millas alrededor; Cn. Cornelio Escipión recibió la jurisdicción de los extranjeros, Q. Mucio Scévola la Sicilia y C. Valerio Levino la Cerdeña. El cónsul Q. Fulvio declaró «que antes de ocuparse de asuntos políticos, quería cumplir, tanto en su nombre como en el de la república, los compromisos contraídos, y realizar el voto que había hecho el día de su última batalla con los celtíberos de celebrar juegos en honor de Júpiter Optimo Máximo y erigir un templo á la Fortuna Ecuestre; que los españoles le habían suministrado el dinero necesario para ambas cosas.» El Senado decidió que se celebrarían los juegos y que se nombrarían duunviros para que se ocupasen de la construcción del templo; cuyo coste limitó disponiendo «que la cantidad empleada para los juegos no podría superar á la que Fulvio Nobilior había autorizado á gastar en los juegos celebrados después de la guerra de Etolia.

Prohibía además añadir, exigir ó recibir nada, con ocasión de aquella ceremonia, en contra del *senatus-consulto* dado bajo el consulado de L. Emilio y de Cn. Bebio. Este decreto le dió el Senado por la exageración de los gastos hechos en los juegos del edil Ti. Sempromio, que había tenido que levantar enormes impuestos (1), no solamente en Italia y países aliados del nombre latino, sino que también en las provincias extranjeras.»

El invierno fué glacial aquel año, nevando mucho y presentándose malo el tiempo constantemente; todos los árboles sensibles al frío se helaron y las escarchas se prolongaron más allá de la época ordinaria. Furioso huracán que estalló sobre el monte Albano interrumpió las ferias latinas, que volvieron á comenzar por orden de los pontífices. El huracán derribó también muchas estatuas en el Capitolio; cayeron rayos en algunos edificios, entre otros, en el templo de Júpiter, en Terracina, la casa Blanca y la puerta Romana, en Capua, destruyendo en varios puntos la parte superior de la muralla. En medio de estos prodigios, anunciaron de Reata que había nacido una mula con tres patas. Con este motivo consultaron los decenviros los libros sibílinos y dieron á conocer los dioses que era necesario aplacar y el número de víctimas que debían sacrificarse. Además, por los daños que los rayos habían causado, dispusieron un día de rogativas en el templo de Júpiter. En seguida se celebraron durante diez días con extraordinaria magnificencia los juegos votados por el cónsul Q. Fulvio, á los que siguieron los comicios censorios. Fueron nombrados censores el pontífice máximo

(1) Los magistrados romanos en las provincias cometían odiosas exacciones para celebrar los juegos en Roma con extraordinaria pompa; estas exacciones entraban en el número de los *vectigalia*.

M. Emilio Lépido y M. Fulvio Nobilior, que había triunfado de los etolios. Estos dos ilustres varones eran enemigos y su enemistad había dado ocasión más de una vez á violentos debates en el Senado y ante el pueblo. Al terminar los comicios, marcharon los censores al campo de Marte, y siguiendo la antigua costumbre, ocuparon las sillas curules al lado del altar de Marte. En seguida se les reunieron los principales miembros del Senado con gran concurso de ciudadanos, y Q. Cecilio Metelo habló de este modo:

«No hemos olvidado, ¡oh censores!, que el pueblo romano entero acaba de colocar bajo vuestra tutela las costumbres públicas, que vosotros debéis dirigir nuestra conducta con prudentes consejos, y no somos nosotros quienes ha de aconsejaros. Sin embargo, necesario es señalaros lo que todos los buenos ciudadanos ven con disgusto en vosotros, ó al menos el cambio que ardientemente desean. Considerando á cada uno de vosotros en particular, M. Emilio y M. Fulvio, no podríamos encontrar hoy en Roma nadie que os fuese superior, siuviésemos que comenzar de nuevo la elección; pero al contemplaros á los dos juntos, no podemos menos de temer que os encontréis mal unidos, que la enemistad que os separa sea funesta á la república y que las cualidades personales por las que habéis merecido nuestros votos vengan á serla inútiles. Hace muchos años que os profesáis recíprocamente cruel é implacable odio, y podemos temer que hoy haga más daño al estado y á nosotros que á vosotros mismos. Podríamos detallar los motivos que nos inspiran este temor; pero no nos atrevemos á hacerlo por miedo de exacerbar vuestra enemistad, cuando tal vez se encuentra á punto de extinguirse. Todos venimos, pues, á suplicaros que la depongáis hoy mismo en este sagrado recinto y que nos permitáis reunir vuestros ánimos por